

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 83

19 SEPTIEMBRE
1926

¿QUE LLEVA USTED AHÍ
DON TURULATO?

UN VENTILADOR. ¡COMO EL
MEDICO ME HA MANDADO
CAMBIAR DE AIRES!



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



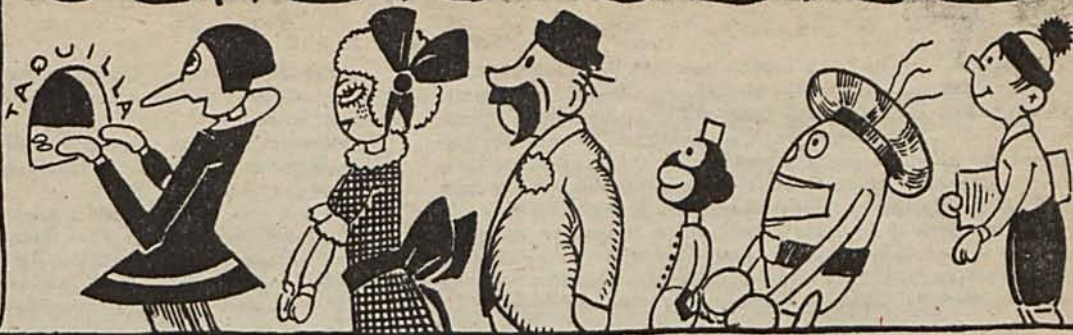
El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY
EN BUSCA
DE
UNA PISTA**

Sensacional!

GRAN CINE



Bob encuentra una pista.

Bob levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo y exclamó:

—¡He aquí un caso del que debiera ocuparse usted, Paddy!

—¿De qué se trata? —preguntó Paddy O'Darrell, el detective.

—Se trata de la desaparición del collar de perlas de la duquesa de Padford.

—¿Cuánto dice el periódico que valía el collar?

—¡Una fortuna! ¡Diez mil libras! Y ofrecen un premio de quinientas al que lo devuelva. ¿Quién será el afortunado que se las lleve?

En aquel momento llamaron a la puerta, y como era una hora un poco desusada para ir nadie, Bob saltó del asiento y fué a ver quién llamaba. Volvió en seguida, diciendo que estaba allí un caballero, llamado Wrench, que deseaba hablar con el detective para un asunto muy importante.

Volvió a salir el muchacho, trayendo consigo a Mr. Wrench.

—Siéntese usted, Mr. Wrench, y permítame que empiece por decirle que ha llegado usted en unas circunstancias en que estoy sumamente atareado. ¿Qué clase de asunto es el que le trae a usted aquí?

—Verá usted —empezó por decir el visitante—. Anoche unos ladrones asaltaron mi casa y me robaron varios objetos de plata de una habitación del primer piso...

El detective le interrumpió:

—Nosotros tenemos por sistema no ocuparnos de robos vulgares; para eso es mejor que recurra usted a la Policía.

—Es que yo preferiría que se ocupase del asunto un particular —repuso Wrench—. Porque lo que a mí me disgusta en este robo no es tanto la pérdida de los objetos de plata como la de una pequeña figura representando un ídolo, que también ha desaparecido; y esto es, principalmente, lo que tengo mucho interés en recuperar.

—¿Es de valor el ídolo ese?

—Verá usted... Esto... como valor... no es precisamente que tenga mucho valor material —respondió Wrench nerviosamente—; pero para mí me es de suma importancia el recuperarlo, y confío en que usted tomará el asunto con interés y lo encontrará, como creo que es usted muy capaz de hacerlo.

El detective se conmovió al oír la súplica de Wrench, y le dijo:

—Mire usted: esta mañana me es imposible ocuparme de su asunto porque tengo ya el tiempo tasado para otros quehaceres; pero, si le parece, puede ir mi ayudante Bob Smithers con usted a su casa y ver si él puede ir descubriendo alguna pista o indicio hasta tanto que yo vaya. ¿Le parece a usted bien?

—Sí, señor; me parece muy bien —replicó Mr. Wrench, con los ojos iluminados por la esperanza—; sin embargo, espero que también usted se ocupará de ello, ¿verdad, Mr. Darrell?

—Sí, señor; descuide usted. Más tarde iré yo también y dedicaré a ello toda mi actividad.

Y así fué. Como media hora más tarde entraba Bob, acompañado de Wrench, en un «chalet» rodeado de jardín y situado, en un barrio tranquilo de las afueras de la población.

Bob llevaba consigo a Trailer, el sabueso que tantas veces había ayudado al detective a capturar a malhechores.

Mr. Wrench condujo al muchacho por las escaleras hasta el despacho de él.

—Como ve usted —dijo Wrench señalando con la mano todo lo que había en la habitación—, el despacho está lo mismo que lo dejaron los ladrones.

Allí se veía una vitrina con las puertas abiertas y los estantes vacíos.

—El ídolo estaba encima de la chimenea —explicó Wrench—, y como quiero que usted se empape bien del asunto, le voy a dar una fotografía.

Y de un cajón de la mesa sacó una, que entregó al muchacho.

La fotografía representaba una figura pequeña sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y una cara inexpresiva y fea.

Bob guardó la fotografía en el bolsillo y empezó a inspeccionar la habitación.

Huellas dactilares no encontró ninguna, y el muchacho tuvo la

completa seguridad de que el ladrón llevaba guantes de goma; al inspeccionar la ventana encontró unas marcas en el antepecho por la parte de afuera; marcas que fué encontrando también por la pared pegadas a un canalón y hacia arriba.

Otras señales en el canalón le demostraron claramente que el ladrón se había valido de este medio lo mismo para subir que para bajar; en el jardín, debajo del canalón, encontró también unas pisadas bastante profundas, pues la tierra estaba allí blanda. Después examinó la pared desde el jardín valiéndose de una silla, y vió que, pegado al canalón y a una distancia de dos metros del suelo, había un clavo, en el cual habían quedado enganchados unos hilos de lana azul, que arrancó con los dedos; los arrojó a las narices del perro; Trailer los olfateó; luego, con las narices pegadas al suelo, empezó a dar vueltas hasta llegar a las pisadas; entonces dió un ladrido y salió corriendo a la carretera; de allí fué hasta las afueras de la población a tomar el camino del canal. Siguió a lo largo de éste, y al llegar delante de un embarcadero al que estaba amarrada una canoa automóvil se detuvo.

En la canoa estaba un hombre barriendo la cubierta; al ver a Bob y a Trailer suspendió la tarea y los miró con interés. Trailer hubiera saltado dentro de la canoa a no haberle refrenado Bob, que acababa de descubrir unas pisadas en un terreno fangoso delante de la canoa, que eran, indudablemente, de alguien que había saltado a la embarcación.

Bob, que había tomado las medidas de las pisadas de junto al canalón, comprobó que eran exactamente iguales a éstas; soltó la cuerda con que llevaba cogido a Trailer, y éste saltó apresuradamente dentro de la canoa.

Bob hizo lo mismo.

El que estaba barriendo, que se llamaba Sam, le interrogó con malos modos:

—¡Eh! ¿Se puede saber a qué vienes a manchar el bote con esas botas? ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

—Antes deirme quiero ver al patrón de este buque —dijo Bob.

—Al patrón no se le puede ver ahora. ¡Hala! ¡Fuera de aquí! ¡Toma; así saldrás más aprisa —y le dió con la escoba, mojada, en la cara, haciéndole retroceder.

Trailer, al ver que atacaban a su amo, enseñó los dientes y gruñó amenazadoramente.

—¡Déjalo, Trailer! ¡Que con este mozo me arreglo yo solo!

El otro, que estaba deseando armar gresca, le dijo retadoramente:

—¿Crees que te tengo miedo ni a ti ni al cachorro ese?

Y volvió a agredir a Bob; pero éste, que ya estaba prevenido, le quitó la escoba de las manos y la arrojó al agua.

Sam, lleno entonces de rabia, le asestó un golpe en la cabeza; pero Bob, que tenía mucha agilidad, hizo a un lado y le dió un puñetazo a Sam debajo de la barbilla, que debió de hacerle ver las estrellas.

Un tercer personaje apareció en escena y azuzó a Sam. ¡Hala con él, Sam!

Bob miró con el rabillo del ojo y vió un marinero de aspecto tosco y con barba; iba vestido con un jersey azul y estaba de pie en la escalerilla que conducía a la cabina.

Sam se aprovechó de que Bob estaba distraído mirándole y le dió un golpe en la cabeza; pero Bob le dió a él tan fuerte empujón que le hizo caer sentado.

—¡Levántate, que te voy a dar otro! —dijole Bob.

Pero Sam tuvo una idea. Notando que Bob tenía entre las pier-

¡¡SÓLO QUEDAN ONCE DÍAS!!

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año se suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en este mismo número.



nas una cuerda que estaba tirada en la cubierta del bote, tiró de ella con tanta fuerza, que hizo a Bob tambalearse y caer de espaldas encima de un montón de cuerdas. Al querer levantarse vió que tenía la cabeza encima de las escaleras de la cabina, y entonces el marinero de la barba le puso la rodilla encima del pecho, y entre él y Sam le ataron los brazos y los pies y le empujaron escalera abajo hasta dejarlo en la cabina, en donde le arrastraron debajo de un camastro que había allí.

—Por ahora ya no nos dará que hacer —dijo el de la barba, y salieron él y Sam de la cabina, cerrando la puerta con llave.

El secreto del ídolo.

Echaron a andar el motor de la gasolinera, soltaron las cuerdas que la amarraban al embarcadero, y la canoa empezó a deslizarse por el canal. A *Trailer*, no bien Bob hubo caído por las escaleras, Sam lo cogió y lo arrojó al agua, y mientras la canoa navegaba por el canal, el perro fué nadando hasta llegar al embarcadero.

En tanto, Bob luchaba desesperadamente por quitarse las ligaduras. Tenía las manos libres, pero no podía moverlas para deshacer los nudos de la cuerda. A pesar de todo, estaba satisfecho, y no le faltaba razón, porque mientras el marinero lo ataba él había observado que el jersey azul tenía un agujero recién hecho, y que el jersey era de la misma lana que los hilos enganchados en el clavo de junto al canalón.

Con los esfuerzos que hacía por desasirse de la cuerda fué rodando hasta una alacena que había en la cabina, y cuya puerta estaba entreabierta. En ella vió brillar la hoja de un cuchillo. A fuerza de habilidad y paciencia logró poner los dedos al alcance de ella y sacó el cuchillo de la alacena. Una vez que lo tuvo en la mano, ya fué cosa fácil cortar la cuerda con él. Entonces dió un suspiro de satisfacción y se puso en pie para estirar los miembros.

La gasolinera había tomado gran velocidad y pasaba rápidamente por entre campos pintorescos y tranquilos. Bob comprendió que no era oportuno intentar salir por la escotilla, pues no podría vencer a los dos, sobre todo a Joe, que era muy corpulento. Así que volvió a bajarse, y al hacerlo sus ojos se posaron sobre el cuchillo que le había servido para cortar las ligaduras. Era un cuchillo con mango de plata, cosa rara en un bote. Bob lo examinó y vió grabadas en el mango las iniciales R. W.

—¡Esto lo han robado en casa de Wrench! —exclamó Bob, y abrió de par en par las puertas de la alacena para registrarla. En el fondo de ella encontró un saquito que tenía un agujero en el fondo, por el cual debía de haberse salido el cuchillo. Bob examinó el contenido del saquito.

Contenía una gran cantidad de cubiertos de mesa y unos cuantos objetos de plata; pero faltaba el ídolo. Volvió a poner las cosas como estaban y cerró la alacena. ¡Si él pudiera salir de allí!

Subióse a la mesa y espío otra vez a sus raptos por el agujero de la escotilla. Empezaba a llover bastante fuerte y Joe miraba al cielo, que se ponía muy plomizo. Luego dijo:

—Vete abajo, Sam, y sube los impermeables.

—¿Y ese muchacho? —preguntó Sam.

—¡No tengas miedo, que no te hará nada! —gruñó Joe—. ¡Está atado y bien seguro! Pero no te olvides de cerrar la puerta al salir de la cabina.

Sam echó a andar por la cubierta y Bob se apresuró a tirarse de la mesa. Oyó las pisadas por la escalera y en seguida la llave, que rechinaba en la cerradura.

Al entrar, Bob no le dejó tiempo ni para gritar. Saltó sobre él y lo derribó al suelo. Después cogió la cuerda y lo ató hábilmente. Luego se frotó las manos de satisfacción.

Recordó que había visto los impermeables dentro de la alacena y los sacó. Dejó el mayor de ellos encima de la mesa mientras se ponía él el otro. Se caló bien la capucha, y como también tenía orejeras, le quedaba la cara casi oculta.

Así vestido, y con la tormenta, era más difícil que Joe lo reconociera. La voz aguardentosa de éste gritó desde arriba:

—¡Vamos pronto, Sam!

Bob echóse el otro impermeable al brazo y salió de la cabina, cerrándola con llave. Subió las escaleras corriendo, y al llegar a la cubierta imitó lo mejor que pudo la manera de andar de Sam. Y como la lluvia arreciaba cada vez más, esto le daba pretexto para agachar la cabeza y que Joe no le viera la cara.

Por otra parte, como Joe no tenía la menor sospecha de aquel cambio, tomó el impermeable con la mayor naturalidad, y mientras se lo ponía, Bob marchó al otro extremo de la canoa y empezó a recoger una cuerda que estaba suelta.

—Coge tú el timón, Sam, que voy abajo a hacer un poco de café —dijo Joe de repente.

Bob tomó el puesto del viejo sin decir nada, lo vió bajar y en seguida sintió crujir la llave en la cerradura de la cabina.

Siguió de puntillas a Joe y escuchó desde lo alto de la escalera.

Joe había dejado medio abierta la puerta de la cabina. Entonces bajó las escaleras de dos saltos, cerró la puerta de golpe y echó la llave por fuera.

El marinero, al verse encerrado en la cabina, dió un rugido de cólera. Seguramente no sabía todavía que el que estaba debajo del camastro era Sam.

Bob subió otra vez corriendo a coger el timón y pensó:

—Dentro de un instante estará Sam en libertad.

En aquel momento empezaron a dar unos golpes terribles a la puerta de la cabina, y aunque la puerta era fuerte, Bob supuso que primero o después acabarían por romperla.

—Llevaré la canoa a la orilla y veré de pedir auxilio —se dijo Bob, haciéndola virar. La canoa dió un tremendo golpe contra uno de los lados del canal. Al mismo tiempo los dos marineros tiraban abajo la puerta de la cabina, y en menos de un minuto estaba en la cubierta el patrón, que, dirigiéndose a Bob, le cogió con fuerza por un brazo.

—¡Sostenlo, Bob!

Esta voz sonó tan agradablemente en los oídos de Bob, que no se le olvidará mientras viva. La voz fué seguida del ladrar de un perro, y mientras luchaba con Joe vió a través de la lucha un hombre que saltaba desde la orilla del canal seguido de un perro grande. ¡Eran Paddy y *Trailer*, que llegaban muy a tiempo!

Trailer se encargó de coger a Joe por el capote y echarlo para atrás. El marinero se quedó intimidado por el perro, y lo hubiera pasado mal si Bob no hubiera sostenido a éste mientras Paddy maniataba al corpulento marino.

—¡Gracias a Dios, ha llegado usted a tiempo, Paddy —dijo Bob, que estaba jadeante—. Ese que usted ve ahí es el bribón que entró a robar en casa de Wrench. ¿Es cierto o no es cierto? —preguntó dirigiéndose a él.

—Como ya me han cogido, no puedo negarlo —dijo el marinero—; pero que me parta un rayo si entiendo cómo lo descubrieron ustedes.

—Bob explicó a Paddy todo lo sucedido, y el detective se puso muy contento al saber que no solamente Bob tenía prisionero a Joe, sino que además estaban allí todos los objetos robados.

—¡Y seguramente que el ídolo de bronce estará también en la cabina! ¿Vamos a mirar, Paddy?

Cuando lo encontraron, Bob batió las palmas.

—¡Este es el que ocasionó todo el jaleo —exclamó.

—¡No me explico por qué Wrench le concede tanto valor a esto! —dijo

Paddy—. A ver, déjame verlo bien.

Al alargárselo Bob, el ídolo resbaló de sus manos y cayó. Al caer debió de tropezar en el suelo con algún resorte secreto, porque en la espalda de la figura se abrió como una puertecilla y de allí dentro cayó un collar de perlas. Paddy lo recogió con verdadero asombro y observó que la cerradura la formaban unas iniciales.

—¡Es el collar de la duquesa de Padford! —exclamó el detective—. ¡Ya está explicado el interés que tenía Wrench en recuperar esta figurilla!

—¡Y ésa es también la razón de que no quisiera que la policía se mezclase en este asunto! —añadió Bob—. Ahora tenemos que averiguar por qué Wrench tiene en su poder este collar robado.

—Pues hay que averiguarlo también —repuso Paddy guardándose cuidadosamente el collar en el bolsillo—. Esto es verdaderamente un hallazgo inapreciable, y la recompensa ofrecida por él, a ti te corresponde, Bob.

Entre el detective y su ayudante condujeron la canoa a un pueblecito que distaba unos kilómetros del sitio donde se hallaban, y allí entregaron los prisioneros a la policía. Luego alquilaron un automóvil y en él se dirigieron a casa de Wrench, llevando consigo todos los objetos robados.

Por el camino Paddy le explicó a Bob cómo *Trailer* había vuelto a la oficina y le había hecho ir detrás de él hasta el canal.

Wrench se puso contentísimo al ver al detective sacar los objetos; pero su cara se oscureció cuando vió que sacaba también el collar y que Paddy le preguntaba severamente cómo se hallaba aquella joya dentro del ídolo.

Wrench, comprendiendo que ya estaba descubierto, confesó que él mismo lo había robado, escondiéndolo en la figura de bronce por creerlo allí más seguro que en parte alguna, y no pasándole por las mientes que nadie pudiera robarle el ídolo.

De este modo resultó que Bob descubrió dos misterios en lugar de uno, y que él encontró el collar que no había logrado encontrar la policía en una semana de pesquisas.





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

CAPÍTULO XXI

EL ÚLTIMO TRECHO

Pasado el primer momento de estupor, mejor dicho, de espanto, el doctor y Vicente se abrazaron con fuerza por temor de que una nueva oleada les separase.

Durante algunos instantes el trozo de la balsa se balanceó en todas direcciones, chocando contra las paredes, avanzando y volviendo a embestir contra los muros, hasta que el agua poco a poco fué recobrando su nivel ordinario.

La antorcha que tenían encendida se les había apagado; pero afortunadamente el señor Bandi tenía su fosforera llena de cerillas.

Creyendo que Miguel y Roberto se encontrarían a breve distancia sobre el otro trozo de la balsa, su primer pensamiento fué encender una luz que pudiera servirles de guía.

La cosa no fué tan fácil de realizar; al menos no lo lograron hasta después de varias tentativas.

La segunda sacudida del terremoto produjo gravísimos destrozos en la galería. Un gran trozo de la bóveda se había desprendido, arrastrando consigo todo el revestimiento hecho por los constructores del canal, llenando gran parte de éste con sus escombros, que originaron la segunda oleada que estuvo a punto de acabar con la vida de los exploradores.

A causa de aquella obstrucción se había formado una rápida corriente, y en el pasaje donde tuviera lugar el primer hundimiento se abrió una catarata que caía estruendosamente sobre las aguas del canal.

—¿Los veis, doctor? —preguntó Vicente, apenas respueto de su sobrecogimiento.

—No —contestó el señor Bandi, con voz velada por el espanto. ¡Han desaparecido!

—¿Los habrá matado el hundimiento?

—No creo, pues he oído un grito poco después de producirse éste.

—¿No os habréis engañado?

—Nos llamaban por nuestros nombres.

—¡Pero si no se les ve!

—Supongo que los habrá arrastrado consigo la corriente.

—¿Y por qué no ha seguido también a la corriente nuestro pedazo de balsa?

—Porque ha quedado detenido ante un grupo de rocas desprendidas de ahí arriba.

—¡Vamos a buscarlos, doctor!

—Eso haremos, amigo. Pero no tenemos que desesperar antes de tiempo. Aún deben de estar vivos.

—¡Llámosles!

—Pruébalo tú, Vicente.

El pescador, llevándose las manos a la cara y poniéndolas en forma de bocina, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Miguel!... ¡Roberto!...

Nadie respondía a la desesperada llamada. ¿Qué les habría sucedido a aquellos desgraciados? ¿Habrían perecido aplastados por los bloques de piedra caídos sobre la balsa, o habrían sido anegados y arrastrados por la corriente violentísima a un lugar tan lejano donde no podrían oír sus gritos? El doctor, presa de indecible angustia, se oprimía la frente bañada de sudor helado y no se atrevía a mirar a su compañero.

—Vamos a buscarles —dijo—. Quizá les haya arrastrado la corriente hacia alguna cueva lateral. Me parece que el plano del capitán Gottardi señalaba una junto a la salida del canal.

—¡Doctor, están perdidos! —gemía Vicente.

—No te acobardes; hasta que hayamos encontrado sus cadáveres no tenemos que desesperar.

—Cuando el hundimiento nos partió la balsa, ¿en qué parte de ella se encontraban?

—A proa.

—¿Estáis bien seguro de que no han sido aplastados por las rocas?

—Sí, Vicente. Aunque la ola se nos echó encima de improviso, los vi bien, incólumes en el otro trozo de la balsa. Estaban agarrados a ella y te repito que he oído sus voces que se perdían en lontananza.

—¡Qué desgracia si hubieran muerto! —sollozaba el lobo de mar.

—Los volveremos a encontrar, Vicente, y quizá antes de lo que tú supones.

—¡Vamos a buscarlos sin pérdida de tiempo!

—Eso iba a proponerte ahora mismo.

La balsa se había encajado por la fuerza de la oleada en un montón de rocas y escombros caídos de la bóveda, sumergiéndose por su parte posterior.

Había quedado reducida a tan pequeño tamaño, que apenas servía para sostener a aquellos dos hombres; pero aún les podía sostener.

Vicente y el doctor la volvieron a colocar en el agua y después se confiaron a la corriente, que seguía sumamente violenta a causa de la cascada que se precipitaba al través de la abertura con el fragor del trueno.

Múltiples obstáculos impedían a los navegantes avanzar con rapidez. Gran parte del canal había quedado obstruido por los materiales caídos de lo alto, así es que la balsa marchaba entre continuos choques que amenazaban romper las cuerdas que unían las tablas.

Vicente cogió el palo penol y procuraba mantenerla a flote. El doctor, a su vez, miraba atentamente, esperando ver a Miguel y Roberto refugiados en alguna parte, y les llamaba de continuo sin obtener respuesta.

Habían recorrido ya unos quinientos metros, cuando al pasar por delante de un enorme montón de escombros, amontonados junto a la pared, creyeron oír una voz lejana.

—¡Alguien nos ha llamado! —exclamó el doctor con el corazón oprimido por la emoción—. ¡Sí, no me he engañado; es una voz humana!

Vicente empujó la balsa hacia aquellas ruinas y después se pusieron ambos a escuchar.

Una voz, que por lo débil parecía salida del fondo de la tierra, gritaba:

—¡Doctor!...

—¡Son ellos! —exclamó Vicente, con grito de suprema alegría—. ¡Doctor, nos están llamando!

—¿Pero dónde están?

—Quizá delante de nosotros.

—Contestemos.

—Avancemos un poco más, doctor; quizá nos oigan mejor.

Impulsaron la embarcación, pero en vez de oír con más claridad aquellas voces, notaron que se oían más lejanas a medida que la balsa, impulsada por la corriente, avanzaba del punto anterior unos trescientos metros.

—¡Doctor! —exclamó, deteniendo de pronto la balsa contra la orilla—. ¿Dónde están? ¡Ahora apenas se oye su voz y eso que hemos adelantado mucho!

—Eso mismo he notado yo.

—¿Entonces es que no están por ese lado?

—Volvámonos atrás.

—¿Podremos navegar contra la corriente?

(Continuará en el número próximo.)

Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO

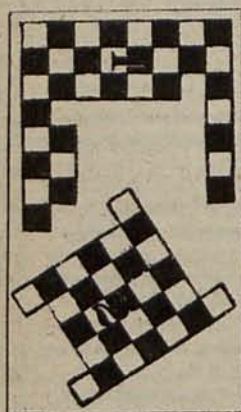
Soluciones de los problemas y pasatiempos correspondientes al mes de abril.

NUMEROS 59, 60, 61 Y 62

DE MATANZA



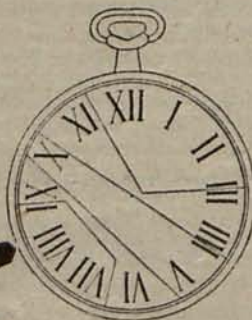
EL TABLERO DE AJEDREZ



PALABRAS CRUZADAS



LOS RELOJES PARTIDOS



ROMPECABEZAS



Llamemos $4x$ el largo de un solar, el ancho será $3x$ y la diagonal $5x$, en virtud de las propiedades del triángulo rectángulo. Las dimensiones del rectángulo máximo contenido en el dibujo son las siguientes: ancho, $3x + 5x + 3x = 11x$; largo, $4x + 5x + 4x = 13x$; el área será $13x \cdot 11x = 143x^2$. Si le restamos los cuatro solares de las esquinas, $4 \cdot 12x^2 = 48x^2$, y las cuatro medias áreas de los solares intermedios, $24x^2$, obtendremos $71x^2$ para el área del parque, en forma de estrella. El área de los ocho solares es igual a $96x^2$, y como el precio percibido por ellos es de $12000 \cdot 8 = 96000$, tendrán que pagar por el parque 71000 pesetas, que está con el precio total en la misma proporción que está en las áreas.

LA BRUJA MARIZAPALOS



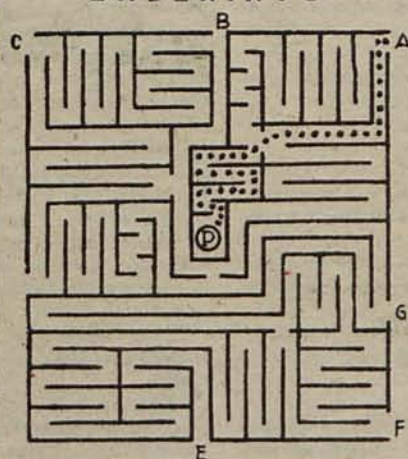
PERICO EL TRAVIESO



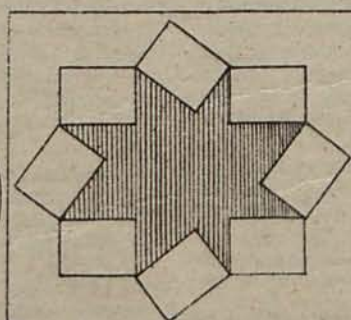
PALABRAS MÁGICAS

■ R ■ E
 V I S ■ ■ ■
 ■ ■ T A
 ■ I N ■
 ■ ■ F A N
 ■ ■ T ■
 I ■ L ■

LABERINTO



VENTA DE SOLARES



PALABRAS CRUZADAS



LA ESTRELLA



¿QUÉ ANIMAL ES ESTE?



LA DEREDICION DE LOS TRES MENDIGOS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

No se conocía en toda la aldea un hombre más rico y a la vez más perverso que Mark. Nunca se llevaba la mano a los bolsillos para dar alguna moneda a los pobres que se le acercaban por las calles; y si la mala suerte conducía a alguno a la casa del avaro, éste, indignado, en el colmo del furor, ordenaba a sus criados que le arrojasen inmediatamente.

Ana, la hija de Mark, tenía, por el contrario, un corazón muy tierno y compasivo. Cada vez que su padre cometía unos de estos actos crueles, sinceras y abundantes lágrimas surcaban sus mejillas.

La pobre niña envidiaba a las otras pequeñas de su edad. En todas las casas los pobres eran tratados con miramiento y consideración. Se les hacía pasar, se les introducía en la cocina, y después de alimentarlos como era de justicia, se les llenaban las alforjas con los restos de pan que siempre quedan en las mesas. Después se les acompañaba hasta la puerta, y tras de hacer algunos votos porque la suerte les fuese propicia, se les despedía con afabilidad y se les confortaba aún, siguiéndoseles con bondadosa mirada hasta que se perdían de vista.

¡Cuán dichosa hubiera sido Ana si hubiese podido hacer todo esto con los mendigos que llamaban a su puerta!

Pero eso no sería jamás, porque el duro Mark no lo consentía. Y como las ventanas del hombre cruel daban hacia el jardín, frente por frente a la reja de entrada, Ana miraba siempre, detrás de las cortinillas de encaje, los ojos redondos y burlones de su padre, que atisbaba de continuo, temeroso de ser engañado.

Por aquella puerta no cruzaba nadie sin ser minuciosamente inspeccionado. Los ojos guardianes le pasaban revista inquisidora, y hasta los cestos de las legumbres tenían que rendir estricta cuenta de lo que llevaban.

—¡Katunka, ven aquí! —gritaba Mark al jardinero, que salía—. ¿Por qué va tan cubierto ese canasto? ¿Llevas en él comestibles para algún ganapán amigo tuyo? Muéstrame al punto lo que escondes en el cesto.

Katunka, humillado, lastimado, lanzando en su interior muchos denuestos contra su amo, se acercaba a la ventana para mostrar el canasto vacío, listo para ser llenado con la compra.

Otras veces era Ana la que tenía que volverse de la puerta.

—Me parece que tu limosnero va más hinchado que un sapo. Muéstrame lo que llevas en él.

Y la pobre niña abría el bolso para que su padre lo examinase.

—El día que la plaga de los mendigos termine, tendré tranquilidad —exclamaba Mark, mientras hurgaba dentro de aquel limosnero donde sólo había guardados el libro de oraciones y el fino pañuelo de batista—. Esa turba de haraganes forma una llaga social. Os atropellan por las calles, os interceptan el paso, os ensordecen con sus salmodias, y después que dáis cuanto ellos quieren, serían capaces de prender fuego a vuestra casa...

—¡Padre mío! —murmuraba tímidamente la hija de Mark—. ¡No les guardéis tanto rencor! Entre esa pobre gente andrajosa, hay también almas nobles y personas bien nacidas, capaces de acciones generosas y de actos dignos.

—¿Cuánto te pagan por ser su defensora? —preguntaba Mark con agrio tono y con ademanes rudos.

—No todo se compone y se arregla con dinero —respondía la niña—. Yo sé que la justicia no demanda pago alguno.

—En esta vida, lo que no se compra con dinero, nada es, ni vale nada. Las perlas cuestan caro, y los guijarros se hallan por el suelo.

Hay que hacerse cargo de que el oro es la palanca del mundo. Por eso es preciso cuidarlo, por eso es necesario ver con empeño que no se derroche, entregándolo a tanto haragán como pulula por las calles...

Tales eran las teorías de Mark, y tales los sufrimientos que con ellas causaba a su hija.

Cierta noche en que la lluvia caía como un mar que se vuelca, tres humildes mendigos, de barba blanca y de cabellos grises, llamaron a la reja del gran jardín de Mark.

Éste, al saber que eran tres pordioseros los que se habían atrevido a tirar del cordón de la campana, mandó desatar los perros para que saliesen a ahuyentar a los intrusos.

Pero Ana, que lo había escuchado todo, cayó de rodillas a los pies de su padre, y le dijo entre lágrimas:

—Ya no por esos desgraciados, sino por mí, te ruego, padre mío,

que les des albergue durante esta noche. Llueve atrocemente, casi diluvia, y el frío se acrecienta por momentos. Piensa que esos tres ancianos pueden morir, si continúan el camino. Permite que pasen. ¡Yo te lo ruego!

Mark, temeroso de causar un daño a su hija, pues la angustia en que estaba era indecible, consintió en que se abriese la puerta a los mendigos.

—Haced pasar a esos ganapanes —dijo a la servidumbre—. Pero no quiero saber que han entrado en la cocina. Que duerman en la cuadra. Y tú, Mami —añadió, dirigiéndose a su esposa—, vigila desde arriba, que no suban la escalera, porque son capaces de robarnos.

—Pierde cuidado —respondió la esposa, que no era menos avara y mala que su marido—. Yo estaré en guardia desde arriba, porque, efectivamente, pueden dejarnos desnudos.

Todo se hizo como el amo lo indicó. Los criados de mayor confianza hicieron pasar a los tres ancianos y los instalaron en la cuadra, cuya humedad calaba hasta los huesos.

Pero Mark, que hundía sus pies entre pieles de Marta, y que se calen-

taba junto al fuego de la gran chimenea, no podía figurarse el intenso frío que hacía tiritar a los tres mendigos.

Sólo Ana, la compasiva y dulce Ana, se daba perfecta cuenta de lo que estarían sintiendo aquellos desgraciados, y debido a eso, no pudo saborear las ricas viandas que fueron presentadas en la mesa.

—Es seguro —dijo Mark— que esos miserables que acabo de albergar en mis cuadras, traman ya sus planes para robarme las caballerías.

—No fuera nada de extraño —repuso la esposa, que era siempre un eco fiel de su marido—. Por lo menos —añadió— han dejado a esta niña sin cenar... No ha probado un bocado de nada.

Mark fijó sus ojos en Ana; pero ésta fingió atarearse mucho en mondar los albaricoques, y así desvió la observación de su padre.

Al sonar las diez de la noche, Ana se despidió, como siempre, de sus padres, y pasó a su alcoba.

Una inmensa compasión tuvo a la niña despierta, pensando de continuo en el frío insoportable que debía reinar en la cuadra.

—Será preciso —se dijo en silencio— que baje yo con mucho sigilo para dar unas mantas a esos desventurados. Temo encontrarlos muertos...

Y así pensando, Ana se vistió, sacó de los armarios tres hermosas mantas de lana, y bajó a la cuadra con ellas; mas como al ir





acercándose notase que los mendigos hablaban entre sí, se detuvo un instante y escuchó sus palabras.

El más anciano de los tres, decía:

—En el pueblo que hay al otro lado del río, acaba de nacer un niño tan hermoso como el ángel que lo guarda. Acaba de abrir los ojos en la pobre casa de Ivan Long.

—Si —dijo en seguida el otro mendigo—, así es. ¿Qué nombre le daremos, y qué fortuna pondremos en sus manos?

—Le llamaremos Vaseli —repuso el tercer mendigo—, y le daremos toda la fortuna de Mark, el dueño de esta casa, el hombre sin corazón, que arroja sus perros sobre los pordioseros cuando llaman a la puerta del jardín, y que aposenta a seres humanos en las húmedas cuadras de sus caballerías.

La pequeña Ana no tuyo ya tiempo de entrar con las mantas, porque los tres mendigos salían por la puerta del fondo y desaparecían entre los arbustos del jardín. Y cuando más atónita estaba, vió a su padre que se alejaba también de la cuadra y que ganaba sigilosamente la escalera.

—Es seguro —dijo Ana para sí— que mi padre ha escuchado cuanto hablaron los mendigos. ¡Qué conversación más extraña! No sé qué pensar de todo eso, ni qué quiere decir lo que acabo de saber... En fin, siento que se hayan ido sin las mantas.

Ana esperó unos momentos para dar tiempo a su padre de que llegase a la alcoba, y en seguida la niña se dirigió a la suya.

A la mañana siguiente, muy temprano, Mark, que había escuchado cuanto hablaron los mendigos, dijo a su mujer:

—He pensado dar un paseo por el río, y si el tiempo sigue bueno me detendré en la aldea fronterá, y mañana regresaré. No os preocupéis por mí.

Mark salió de su casa, cruzó en un bote el río y se llegó bien pronto al otro lado.

—Quiero saber dónde se encuentra la parroquia —dijo a un chiquillo que pasaba con un cesto al brazo—. Llévame a ella y te daré una reluciente moneda.

La aldea era muy pequeña, por tanto, muy pronto estuvieron ante la parroquia.

—¿Se halla en la iglesia el señor cura? —preguntó Mark al sacristán.

—Sí, señor —dijo éste—. Hace unos momentos que ha llegado.

Mark pagó al muchacho y entró en el templo.

—Deseo —dijo al ver venir al cura— que se me informe de los nacimientos que hubo ayer en esta aldea. Pagaré lo que sea necesario.

—Nada costará saberlo —repuso el cura, que tenía un aspecto muy bondadoso.

Y abriendo el libro de los registros, añadió:

—Aquí está uno: Vaseli Long, hijo de Ivan Long...

—Justamente, por él pregunto —interrumpió bruscamente Mark—. Quiero saber quién es ese Long y dónde vive.

—¡Ah! —dijo el cura poniendo sus tristes ojos en un Cristo que tenía delante—. Ivan Long es el hombre más honrado de la aldea, pero se encuentra tan pobre, que casi no tienen con qué alimentar a su familia. Ya era padre de seis hijos, el mayor de ocho años, y ahora le llega el séptimo heredero... Ivan y su mujer están desolados por esta causa. Morían ya de pobreza, y he aquí que ahora hay uno más en el hogar. ¡Si yo encontrase para esa criatura un padre adoptivo!...

—¿Un padre adoptivo? —repitió al punto Mark con ansiedad visible—. Pues aquí me ofrezco yo. Vayamos a la casa, y no se arrepentirán de poner su confianza en mí.

El cura, encantado de aquel encuentro tan oportuno, y examinando con placidez el aspecto honorable y el elegante indumento de su visitante, se apresuró a llevarle a la casa de Ivan Long.

En ese pobre hogar faltaban hasta las sillas. La miseria asomaba por todas partes.

El cura explicó el asunto que les llevaba, y Mark concluyó de este modo:

—Yo me ofrezco a ser para Vaseli un segundo padre que vela por él. Nada faltará en mi casa al niño. Fina ropa y ricos alimentos tendrá con nosotros; y mi mujer, que es una santa, le educará bajo la ley de Dios, y le querrá como a un hijo.

La madre del pequeño Vaseli se ahogaba entre lágrimas, mientras decía:

—Libreme el cielo de que el egoísmo me obligue a despojar a mi hijo de los favores que este caballero desea otorgarle. Que siquiera este pequeño se salve de las penas que trae consigo la pobreza. Doy mi consentimiento, y que se marche el niño inmediatamente, antes de que las fuerzas me falten para permitir que parta.

Ivan y su mujer se apretaron con vehemencia al recién nacido, y unos instantes después, Mark salía de la casa llevando en sus brazos al pequeño Vaseli, que sonreía dulcemente, sin saber que estaba en las garras de su peor enemigo.

El avaro, siempre con el niño en los brazos, se echó a caminar hacia la izquierda, y cuando hubo recorrido tres millas, se detuvo ante un profundo abismo y arrojó en él a su inocente víctima, mientras le decía con irónica expresión:

—¡A ver si vuelves del otro mundo para reclamar mis bienes! ¡Veremos, veremos!... Y dicho esto, se alejó tranquilo, como si no acabase de cometer el más tremendo de los crímenes.

Dos horas llevaba ya de marcha, cuando se detuvo debajo de un árbol para descansar. Los pies le ardían, como si tuviese espinas en ellos, y el cuerpo le pesaba más que un fardo.

Mark, en su vida llena de confort, no estaba acostumbrado a las excursiones largas; por eso, al hacer ésta con un niño en los brazos, le parecía que acababa de recorrer medio mundo. Desfallecido, pues, se dejó caer a la sombra del árbol, y tanta fué su fatiga, que al punto se quedó dormido.

No hubiera podido decir cuánto tiempo hacía que estaba en aquel sitio; pero al abrir los ojos, vió que dos caminantes, con aspecto de extranjeros, cruzaban la ruta llevando consigo a un recién nacido que lloraba.

Mark se enderezó a toda prisa y fijó sus ojos en el niño: era el pequeño Vaseli, que se ahogaba en llanto.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —les gritó, levantándose—. Ese niño es el hijo de mi criado Zarat. ¿Dónde lo habéis encontrado? Vuestro rostro y vuestro traje no os acusan de pertenecer a las bandas de robar niños; por tanto, debo

suponer que andáis buscando a los padres de ese pequeñuelo.

—Es así —dijeron en el acto los caminantes—. Y si vos conocéis a la familia, tomad al pequeño.

Mark quiso poner algunas monedas en las manos de los caminantes, pero éstos no aceptaron; y poco después continuaban la marcha y dejaban a Mark detrás, con Vaseli en los brazos.

El avaro, cuando ya la vereda estuvo sola, se encaminó hacia una venta que no lejos de allí levantaba sus paredes negras y destartaladas a la orilla del camino.

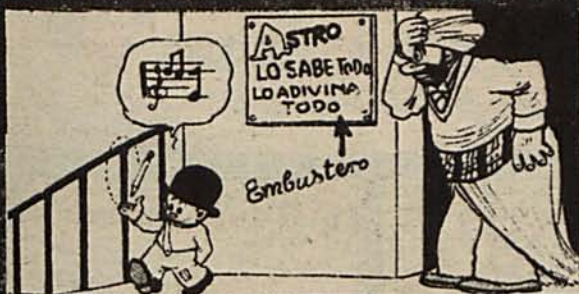
—¿Queréis una copa de vino, señor? —dijole el ventero al verle entrar.

(Concluirá en el número próximo.)

PINOCHO EN LA ISLA DE LOS ANIMALES PINOCHO SE HACE PELÍCANO

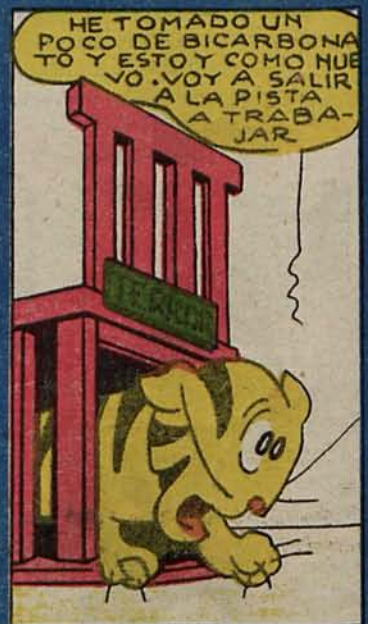
Pedid en vuestra librería estos formidables episodios, quizá los mejores de la incomparable y celebradísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE. También podéis pedirlos (enviando su importe, 3 ptas., más 0,75 para gastos de envío certificado) escribiendo a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., Apartado 447, MADRID, que los remite a toda España y América.

POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



¿POR QUÉ PONES
TODOS LOS FUE-
GOS ARTIFICIA-
LES DENTRO
DE ESE COHE-
TE TAN GRAN-
DE?



¡ES QUE MI HERMANA NO
ME DEJA DISPARAR MÁS
QUE UNO, Y YO QUIERO
QUE SEA UN BUEN
COHETE!

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡ANDA, DÉJAME
COMPRAR UN COHE-
TE, QUE TENDRE
MUCHO CUIDADO
Y NO ME QUEMA-
RÉ!

¡TE HE DICHO
QUE NO!



¡ANDA MARIQUI-
TA, DÉJAME COM-
PRAR UN COHETE!

¡YA VAN
VEINTE VE-
CES QUE TE
HE DICHO QUE
NO!



¿ES QUE NO ME VASA
DEJAR EN PAZ?

¿ANDA, DÉJA-
ME COMPRAR
UN COHETE!



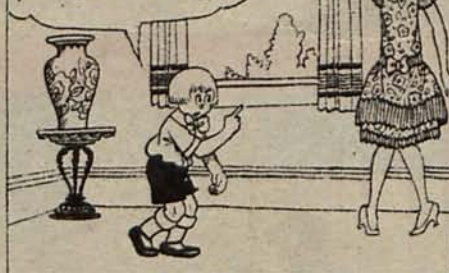
¡MIRA, NO ME
SIGAS POR-
QUE ES PEOR!

¿PERO POR QUÉ?
¡ESO ES LO QUE
YO QUIERO SABER!
¿POR QUÉ?



¡ANDA... UNO NADA
MÁS...! ¡ANDA...
SÓLO UNO...!
¡ANDA... ANDA!

¡BUENO! PE-
RO UNO NADA
MÁS!



¡OLE Y OLE! ¡AHO-
RA VEREIS LOS PI-
NOCHISTAS QUE
COHETE ME VOY
A COMPRAR!



¡QUÉ ENORME! ¡LO ME-
NOS PESA TRES KILOS!
¡CUANDO SALGA TODO
EL RUIDO QUE TIENE
DENTRO VA A PARE-
CER LA GUERRA DE
AFRICA!

FUEGOS
DE
ARTIFICIO
COHETES
BOMBAS
MORTAJAS



¡VAYA SORPRE-
SA QUE LES VOY
A DAR CUANDO
SE SIENTEN
A COMER!



¡COLORÍN,
VAMOS A
COMER!

¡CON ESTE
PURO DE
PAPÀ ENCE-
DERÉ LA
MECHA!

¡VOY!

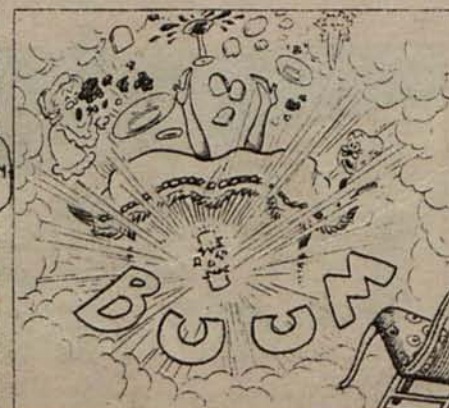


¿DÓNDE
VÁS?

¿Y PARA
QUÉ SI-
SEAS?

¡YA YA! ¿A
QUÉ VIENE
ESO DESI-
SEAR?

¡AHO-
RA VEN-
DRÉ!



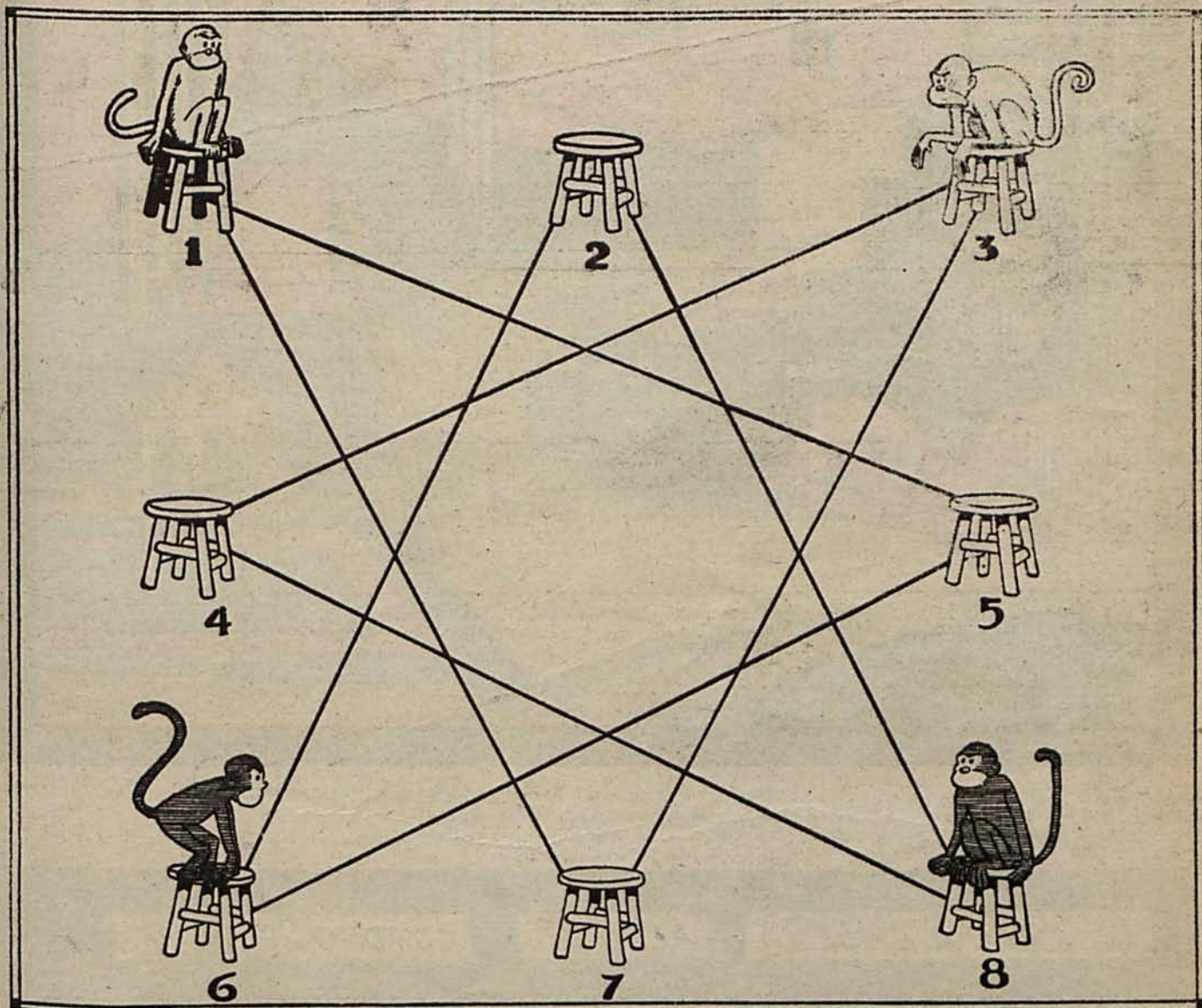
¿CON QUE SÓLO
QUERÍAS HACER
RUIDO?
¡PUES TO-
MA RUIDO!

¡YO CREÍ QUE
IBA A HACER
RUIDO NADA
MÁS!



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

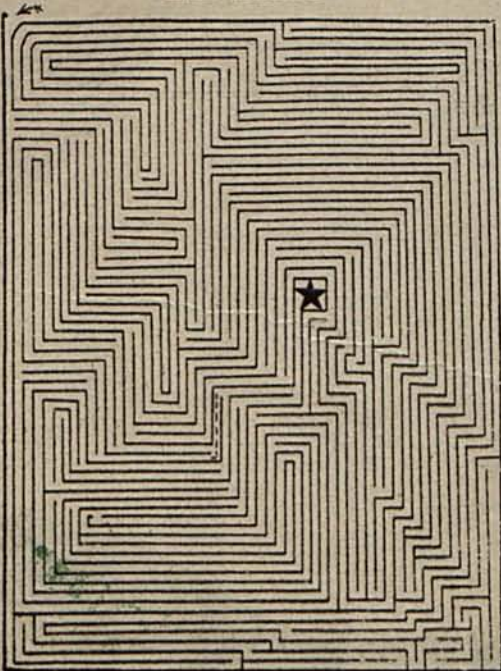
LOS MONOS JUGUETONES



Estos cuatro monitos están perfectamente domesticados, y saben, entre otras cosas, hacer el siguiente divertido juego: Los monos blancos pasan a ocupar el lugar de los monos negros, y viceversa. Esto, que a simple vista parece muy fácil, no lo es ya tanto si os digo que han de hacer este cambio con sólo 7 movimientos entre todos, y cada movimiento siguiendo las líneas rectas. Me dice el domador que os advierta que aunque recorran varias rectas se contarán como un solo movimiento si al final de cada una de ellas hay un taburete vacío. Ejemplo: Si el mono 3 va de su sitio al lugar 4 y de aquí al 8 (que suponemos ha desalojado ya el mono negro) esto se cuenta como un solo movimiento.

LABERINTO

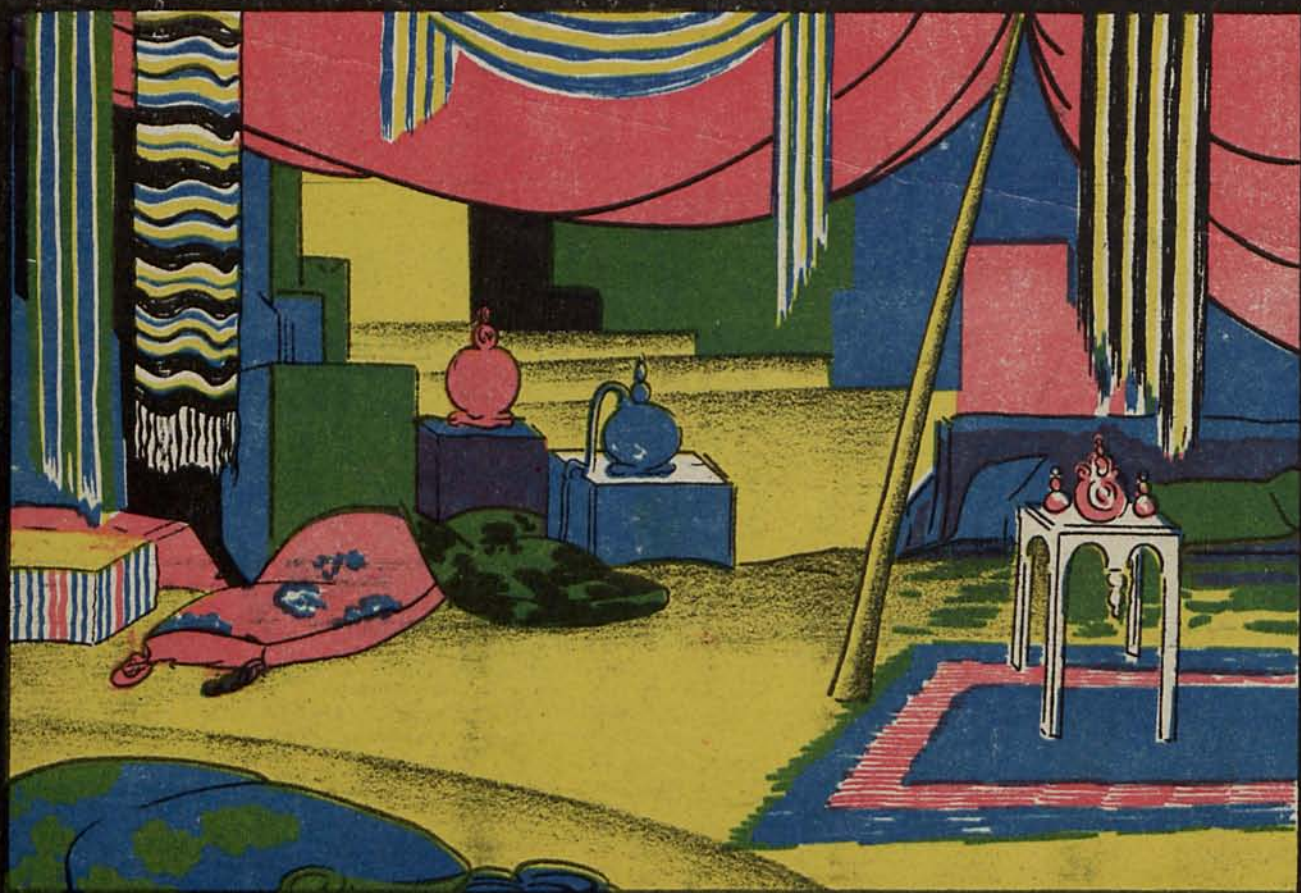
He aquí un laberinto que tiene su entrada por el lugar señalado con una flecha y su término en el espacio que ocupa una estrella. El camino a seguir es bastante enrevesado; pero para vosotros, mis queridos Pínochistas, será cosa tan fácil como andar por el pasillo de vuestras casas.



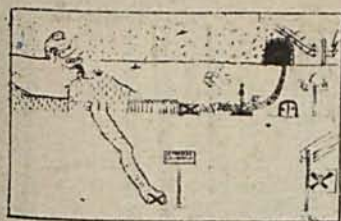
ROMPECABEZAS



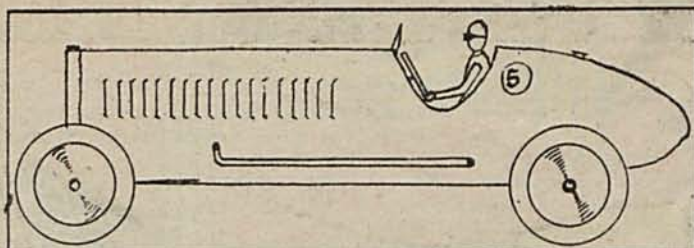
Esto era un pobre animal que tuvo la desgracia de ser despezado por una explosión, y, como veis, ha salido cada trozo por su lado. Menos mal que ha tenido la suerte de caer en vuestras manos, y como sois muy amantes de los animalitos lo reconstruiréis y lo dejaréis como nuevo.



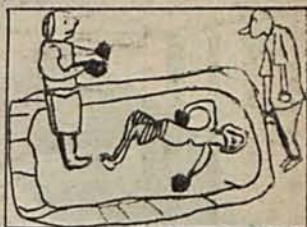
COLABORACION PINOCHISTA



La vía férrea de mi pueblo.
JOSÉ LUIS ALBÉNIZ.
Bilbao.



El vencedor de la carrera.
JOSÉ MARÍA PINAZO.—Madrid.



Vencido por k. o.
JOAQUÍN DÍEZ CANEDO
Ocho años. Madrid.



Silueta.
MANUEL RÓDENAS.
Chinchilla (Albacete).



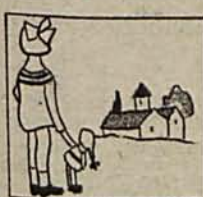
Mi futura hermanita.
RAMÓN PACHECO.
Madrid.



Paco Morronguís.
JULIÁN GIL.
Madrid.



Un «higlander».
JOSÉ M. OZOLLO.
Nueve años.



Mi amigueta Pirula,
de paseo.
M. B.
Diez años.



Don Turulato
y Currinche.
MOLES.
Madrid.



Abd-el-Krim.
JOSÉ LUIS MARTÍN.
Doce años. Córdoba.



Un transformista.
M.ª DEL CARMEN
MÉNDEZ.
Pontevedra.



Don Piruli.
LUIS ANTONIO
GÁRATE

La joven Marisa.

Una tarde de primavera, Marisa se hallaba sentada a la sombra de un árbol, ocupada en la delicada tarea de entretejer una corona de flores, cuando vió un Hada que se dirigía hacia ella. «Marisa» —dijo el Hada. Marisa, al principio, se asustó; pero pronto recobró su serenidad. «Marisa —repitió el Hada, con una voccecita suave y bondadosa—, estoy dispuesta a concederte lo que quieres.» «Lo que quiero —dijo Marisa— son las tres cosas siguientes: Primera, que mis padres sean felices; segunda, que a la viejecita Nicasia, la más pobre de la ciudad, le dé Dios dinero para vivir bien, y, por último, que...» (Marisa se detuvo). «Habla sin recelo» —le dijo la bondadosa Hada. «Que gane el premio que dan a la chica que presente la mejor corona.»

Al día siguiente todas las chicas debían presentar una corona, y la más bonita sería premiada con un precioso objeto. La fiesta se hacía en un salón. Marisa presentó su corona, que era la más bonita, y ya le iban a conceder el premio... cuando se presentó una hermosa chica que llevaba una preciosa corona, y a la cual fué adjudicado el premio. Marisa solamente fué obsequiada con el segundo y último premio, de menor valor que el primero.

Al llegar a su lindo «chalet», Marisa se encontró con la que había ganado el primer premio. Esta, acercándose, le dijo: «Yo era la vieja Nicasia, a quien un mal príncipe encantó por no querer casarme con él. Otro príncipe quiso deshacer esos planes, pero no pudo, pues su poder no llegaba a tanto, y sólo hizo que me pudiera convertir en hada. A muchas jóvenes me he presentado, y ninguna se ha sabido servir de mis dones, pues me pidieron cosas injustas; sólo tú las pediste justas y me descontentaste. Yo gané el premio, y no te enfadaste; pues toma, te lo regalo por tu caridad. Y ahora yo me marcho a casarme con el príncipe que me espera.» Y montó en un lindo automóvil, desapareciendo entre una nube de polvo.

Entonces, Marisa aprendió que la caridad es una buena cosa.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.

Ocho años. Palacio de la Magdalena. Soto del Barco.

Educación.

Erase una vez un matrimonio que tenía dos hijos: el uno, activo, trabajador, ingenioso; el otro, cariñoso; siempre fué muy niño aun en sus edades mayores. Del primero se encargó de la educación su padre, y del segundo, la madre, las cuales fueron diametralmente opuestas. El uno llegó a ser, merced a los buenos consejos del padre, un muchacho muy inteligente, capaz de hacer de todo, y marchó a Inglaterra, a la fabricación de motores hidráulicos, que era su especialidad.

Los primeros meses el padre le mandaba cincuenta pesetas, y él, según iba ganando, le remitía, ora cuarenta, ora veinte, ora quince, hasta que el padre recibió noticias de que, gracias a Dios, no necesitaba ya dinero.

El otro recibió una educación cariñosa, sosegada, tranquila, y fué abogado de un gran mérito; pero tardó mucho en elevarse por la situación económica de sus padres.

Sucedió que la madre cayó enferma de cuidado, y en su enfermedad agotáronse los ahorros del padre y el pequeño sueldo del hijo abogado, el cual no se movió de casa.

Este compuso un libro de leyes perfectísimo, que quería poner en venta, pero que las circunstancias se rodearon para lo contrario.

El padre, viéndose casi en la miseria, acudió a su hijo de Inglaterra, pintándole la situación y rogándole que le prestase un poco de dinero mientras se curaba su madre. Esta carta fué contestada por otra, diciendo que él no se podía desprender de lo ganado con el sudor de su frente, pudiéndose ir la madre a un hospital, donde podía estar mejor o tan bien como en su casa.

El otro hijo tuvo una conversación con su principal, al cual le dijo que publicase el libro suyo como si su autor fuera él, a lo que aceptó, dándole una cantidad que era muchísimo menos de lo que le hubiese producido el libro.

Y gracias a Dios que con este dinero pudo sacar a su madre adelante, librándola de una muerte segura.

Y ahora pregunto al lector o lectora: ¿qué educación es mejor de las dos, la de ser independiente, arriesgado, libre, o la de ser apocado, cariñoso, indeciso, siendo idéntico cariño a la madre tanto el uno como el otro?

ANTONIO FIGUEROA.
Catorce años. Huelva.



El vapor de Pinocho.
PÉREZ CASTILLO.
Once años.



Don Piruli.
DOLORES LÓPEZ.
Valladolid.



Mi primo Maria nito.
MENA ARANGÜEN
HERNÁNDEZ
Madrid.



Una escapada.
I. R. ARCE.



Un cantor.
F. LEAL.



Una tupa.
ANGELITA ADRIAN.
Madrid.



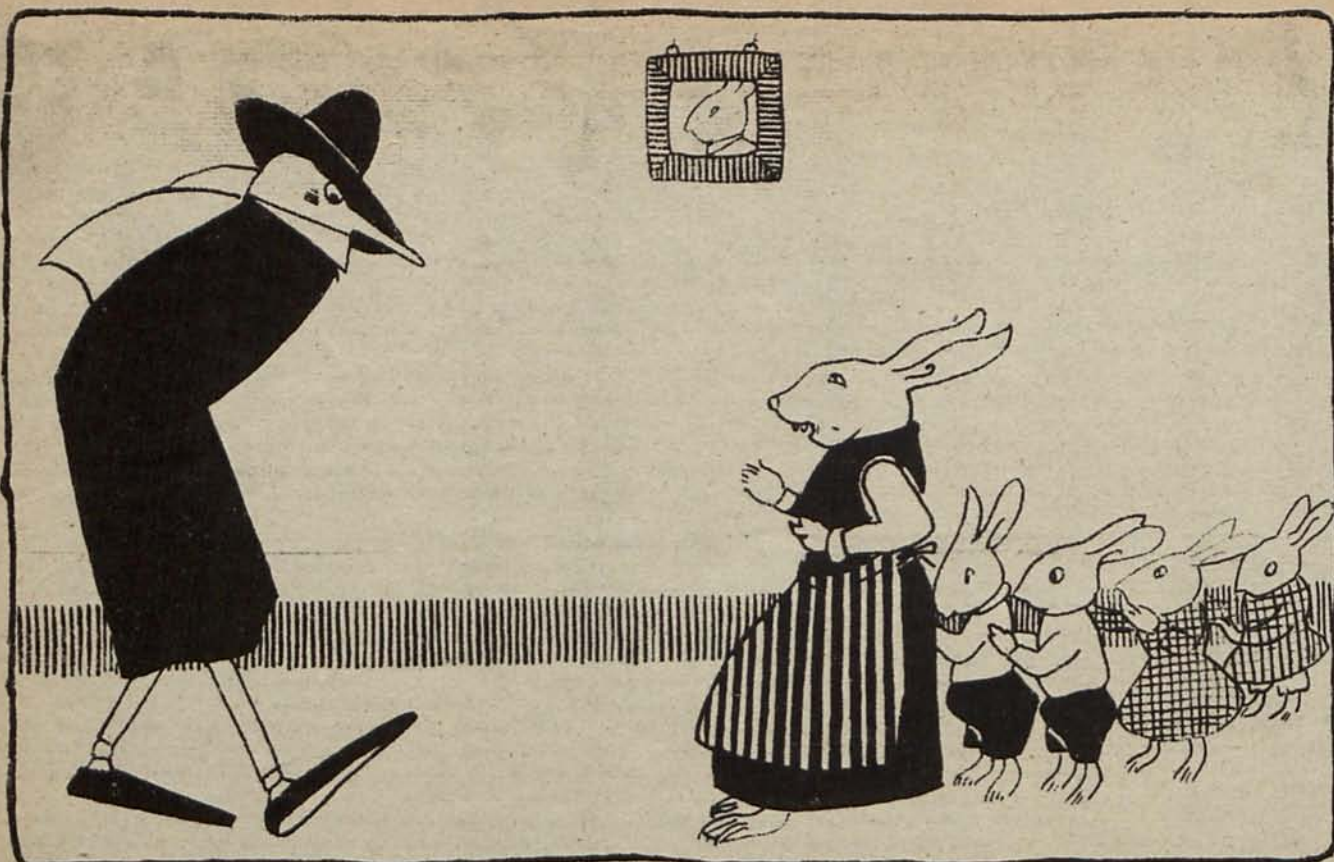
Don Turulato y Currinche.
F. VILLALBA.



El nuevo contable.
SERASTIÁN TRUJIS.
Barcelona.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



«Apareció entonces un ser fantástico y misterioso envuelto en una capa oscura y con un sombrero de anchas alas calado hasta los ojos. El extraño personaje entró y cerró cuidadosamente la puerta; entonces se quitó la capa y el sombrero. Un grito de asombro se escapó de las bocas de la coneja y los conejitos: «¡Pinocho!»

«(No os extrañe que le conocieran: lo mismo los gazapitos que los demás habitantes de la isla, y de todas las islas, y de todos los países del mundo, habían leído las aventuras del glorioso muñeco y le adoraban y le admiraban.)

«En efecto, era nuestro héroe

«—Salvad a mi marido, señor Pinocho —suplicó la coneja juntando las patitas.

«—Salva a nuestro papá, Pinochín —suplican a coro los gazapitos.

«—A eso vengo —contestó el muñeco—; pero es necesario que nadie se entere de mi presencia en la isla. Por eso he llegado aquí con tantas precauciones, para refugiarme en esta casa, donde nadie debe saber que estoy.»

(De **Pinocho se hace pelícano**, estupendísimo, interesantísimo y graciosísimo tomo que acaba de publicarse en la incomparable **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE**.)

BOLETÍN DE PEDIDO PARA PINOCHISTAS ESPAÑOLES O HISPANOAMERICANOS

El Pinochista D., calle de
núm., Pueblo Provincia so-
licita de la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447, MADRID (1), el en-
vio de un ejemplar de cada uno de las tomos siguientes de la **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE**:

- (2) **Pinocho se hace pelícano.**
Chapete en la isla de los animales.
Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.
Viaje de Pinocho al centro de la Tierra.

(3)

cuyo importe de (4)

lo remite en (5)

(FECHA Y FIRMA)

(1) También puede enviarse este boletín a cualquier librería de España o de América.

(2) Bórrense los títulos que no se desee recibir.

(3) Se dejan estas dos líneas en blanco para el Pinochista que desee otros tomos no mencionados aquí.

(4) Cada tomo vale 1,50 pesetas. Añádase al importe total 75 céntimos para gastos de envío certificado.

(5) Giro postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores.) Cuando sea Giro postal, indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

CORRESPONDENCIA

Aída Fernández Mazas. —Tu carta, querida y buena amiguita, parece revelar, como otras muchas que recibo, la equivocada creencia de que son muy pocas las cartas que me escribís y las cosas que me mandáis, mis entrañables Pinochistas. Mi revista sólo puede sostenerse por mi cariño a vosotros y por su enorme difusión, pues como no tiene anuncios, no cuenta con más ingresos que los de la suscripción y venta. Debes, por tanto, considerar (y al decirlo a ti se lo digo a todos los que como tú piensan) que sois muchos miles de niños los Pinochistas, y que entre ellos la mayor parte me escriben cartas, me envían dibujos, problemas, soluciones, etc. Y si yo hubiera de publicarlo todo a la vez y de contestar a todos a la vez, cada número de mi revista tendría que ser más largo que el *Quijote*, y aun no bastaría. Precisamente por eso es necesario poner algunas restricciones que disminuyan la aglomeración, no sólo para que aquí no nos volvamos locos, sino, ante todo, en beneficio vuestro, porque el admitirlo todo y dar a todos derecho para todo, equivaldría a descontentar a todos también, porque no es posible complacer a todos a un tiempo. Tus dibujos, y los de tu hermanito Mario, estarán, probablemente, entre los muchísimos que hay esperando turno de publicación. Precisamente por ser muchísimos tengo suspendida, como sabéis, la admisión de Colaboración Pinochista hasta que pase el atranco. Y por eso también exigiré, cuando

vuelva a admitirla, la calidad de suscriptor para enviarme trabajos y el enviar un cupón con cada uno de ellos. Yo comprendo muy bien por qué dice tu papá (al que harás en mi nombre la más graciosa reverencia) que en tu casa no puede haber más de un suscriptor; pero estoy, a mi vez, seguro de que él y vosotros comprenderéis lo que os digo, y os resignaréis a hacer dos suscripciones si queréis colaborar los dos, o a colaborar uno solo si no queréis hacer más que una suscripción. Porque lo que no pretenderéis es que haga con vosotros solos una excepción en perjuicio de todos los demás Pinochistas. Muchísimo más que todo esto me gustaría contestar a tu carta —tan simpática y cariñosa—, complaciendo todos tus deseos; pero hay cosas imposibles hasta para PINOCHO, que te envía, así como a Mario, un apretado abrazo y los más cariñosos recuerdos de Pirula, Anita, Morronguis, Colorín, Potipán, Tin y Ton, Currínche y Don Turulato.

Narciso Andrada y J. Floriano. —Sintiendo mucho, no puedo complacerlos. La necesidad de evitar los retrasos en la publicación de la revista nos obliga a imprimirla con mucha anticipación, y esto imposibilita el publicar noticias que resultarían siempre demasiado retrasadas. Si no fuera por esto, ya sabéis que me desvivo por complacer a mis Pinochistas, y que cuando pueda lograrlo consigo mi mayor satisfacción.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón. ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quisiera saber, amigo buho, si la risa es beneficiosa o perjudicial.
 —La risa beneficia, eleva el tono de la vida, hace al hombre saludable, facilita la respiración, en una palabra, sirve.
 —¿Qué pronto lo has dicho!
 —Estoy seguro. Siempre se afirmó que la risa engorda, y es verdad.
 —Pero no comprendo que la risa sea un alimento efectivo, como el pan, por ejemplo, la carne o el pescado.
 —Claro: un hombre no puede alimentarse riendo. Si así fuera, no habría hambre en el mundo. Bastaría unas carcajadas, más o menos sonoras, más o menos grandes, y nada más. Pero si la risa no alimenta como la carne, el pescado, las verduras, etc., etc., es lo cierto que sirve, por otra parte, para que la carne, el pescado, las verduras, nuestras comidas en general, proporcionen su máximo beneficio. La risa implica alegría, salud; la risa facilita nuestra digestión, pues viene a favorecerla con su estado de ánimo.
 —Ahora comprendo.
 —Basta que estemos tristes, lejos de la risa, para que nos sea dificultoso, casi imposible, alimentarnos convenientemente. Y no digamos nada las dificultades que presenta siempre a la digestión un estado de ánimo deplorable.
 —Muy bien dicho.
 —Por otra parte, la risa constituye un ejercicio estupendo para la mayoría de los músculos de nuestro cuerpo, más particularmente para aquellos importantísimos que intervienen en la respiración.
 —Pero reír mucho, no es conveniente ni prudente, querido buho.
 —Como todas las cosas de la vida. La risa, como todo, hay que administrarla con tino. Reír mucho, sin ton ni son, será muy saludable, pero es perfectamente estúpido. Una persona sensata, formal, educada, ríe a su tiempo, cuando verdaderamente hay motivo para

reír. Los tontos, en cambio, ríen demasiado, continuamente, tontamente.
 —¿Y el llanto, es perjudicial?
 —El llanto puede ser beneficioso o perjudicial, según los casos.
 —Veamos.
 —Cuando una persona sufre un dolor muy grande, intensísimo, hay en aquella como una paralización del cerebro, que puede ocasionar, a la postre, perturbaciones gravísimas. En este caso conviene el llanto, como sedante, como lenitivo, como desahogo del cuerpo y, a su vez, de nuestra pena. Pero este caso no es frecuente. Solo en él puede desempeñar el llanto un papel, por decirlo así, medicinal.
 —¿Y en los demás casos?
 —En los demás casos, el llanto es perjudicial. Como primer perjuicio, dificulta la respiración. Los latidos del corazón, además, se hacen irregulares, y todo el cuerpo sufre una depresión grandísima que, naturalmente, nos perjudica grandemente. Solo en los niños muy pequeños, no les es perjudicial llorar a intervalos, con moderación.
 —Veo que tienes una cultura en risas y llantos, que te honra. Sin duda alguna lo sabes por experiencia.
 —Te equivocas. Los pájaros, los animales en general, ni reímos, ni lloramos. La risa y el llanto, son patrimonios exclusivos del hombre. Ambos actos, llanto y risa, supone inteligencia, facultad de que carecen los animales.
 —Pero los animales, si no ríen, por lo menos se quejan, lloran.
 —Se quejan del dolor físico, pero no lloran, querido Chonón.
 —Ya tienen ese beneficio.
 —Ni beneficio, ni perjuicio. No podemos reír. Esto es una pena.
 —Cuidado, amigo buho, no te apenes porque no rías.
 —Siempre es una lástima.
 —Un día, el que menos lo pienses, te haré reír con gana, como nunca has reído.
 —Si lo consigues, te quedaré agradecido eternamente, Chonón.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de ajuarrela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Julio.	Agosto.	Septiembre.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—Santander.	D. Leopoldo Sañudo. — Torrelavega.
Segundo. 15 ptas. en libros.	» Francisco Ibáñez y Pico.—Madrid.	» Jesús Villarreal.—Durango (Méjico).	» Rubén M. Bustelo.—Buenos Aires.
Tercero. 10 ptas. en libros..	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	» José A. Basagoiti Noriega.—Madrid.	» Ricardo Font.—Barcelona.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	» Juan Miguel Albisu.—Irún.	» Felipe Mazarrasa.—Santander.
Quinto. 3 ptas. en libros...	» José Igualada.—Málaga.	» Joaquín Méndez.—Iriga (Filipinas).	» Alfonso Dalmau.—Madrid.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

1.° Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.° Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.° Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.° Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.

5.° Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

1.° Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.° Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

TAPAS PARA ENCUADERNAR "PINOCHO"

TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.....	Precio.	5 pesetas.
(Para los suscritores).....	»	3 »
TOMO II.—Agosto-Diciembre, 1925.....	»	5 »
(Para los suscritores).....	»	3 »
TOMO III.—Enero-Junio, 1926.....	»	5 »
(Para los suscritores).....	»	3 »
TOMO IV.—Julio-Diciembre, 1926.....	»	5 »
(Para los suscritores).....	»	3 »

YA HAY EJEMPLARES SE HAN PUESTO A LA VENTA

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

Pinocho en la isla desierta.

Pinocho, detective.

El falso Pinocho.

El triunfo de Pinocho.

Chapete, invisible.

Pinocho hace justicia.

los siguientes tomos de la famosísima **Serie Pinocho contra Chapete**.

(El mayor éxito editorial conocido.)

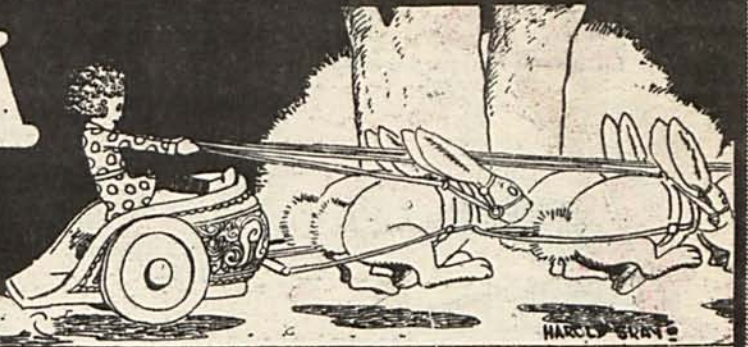
- Núm. 31.—*Chapete en guerra con el país de la fantasía.*
 32.—*Pinocho se convierte en bruja.*
 33.—*Pinocho caza un león.*
 34.—*Viaje de Pinocho al centro de la Tierra.*
 35.—*Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.*
 36.—*Chapete en la isla de los animales.*
 37.—*Pinocho se hace pelicano.*

Cada tomo 1,50 pesetas.

En todas las librerías y en Editorial «Saturnino Calleja», S. A.—Apartado 447-Madrid, que los remite a toda España y América con sólo pedirlos con su importe. Añádanse al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GARY

¿AH, SI? ¿DE MODO QUE QUIERES MÁS SUELDO? ¡JA, JA, JA! LO QUE SOBRAN SON NIÑAS QUE POR MENOS DINERO HAGAN LO QUE TU HACES



¡PUEDES HACER LO QUE TE PAREZCA!

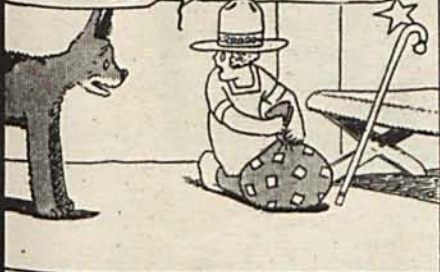
¿LO QUE ME PAREZCA? PUES AHORA MISMO PONGO MI CARGO A SU DISPOSICION. ¡EA!



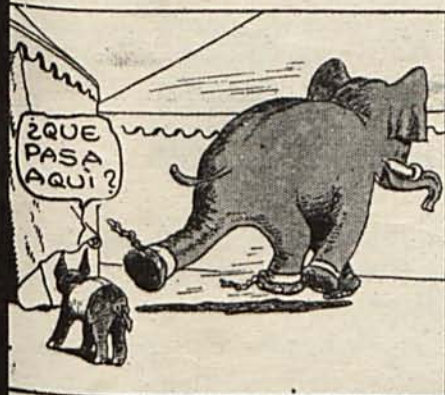
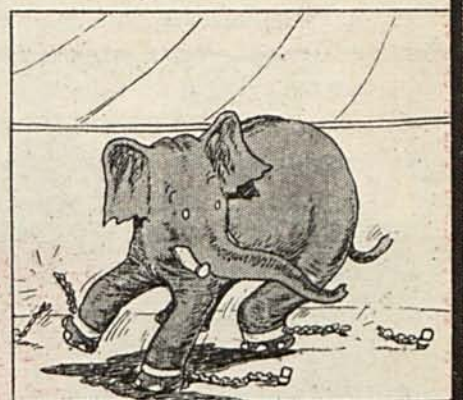
¡VAMOS! ¡SE CREERÁ ESE TABLERO DE AJEDREZ PERFUMADO QUE ME VÁ A ASUSTAR A MI! ¡PUES QUE BUSQUE OTRA!



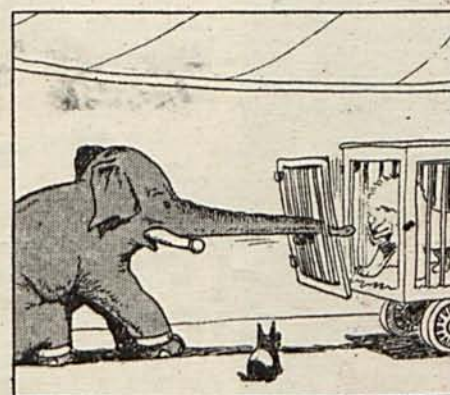
NO ES QUE YO SEA VANIDOSA, PELUCHO. PERO SÉ QUE LOS ANIMALITOS NO QUERRÁN TRABAJAR CON NADIE MÁS QUE CONMIGO.



¡CUANTO SIENTO DEJARTÉ TONIN! ¡COMO TE VOY A ECHAR DE MENOS, TAN BUENO QUE ERES!



¿QUE PASA AQUI?



PODÍA HABER VIVIDO CON MI SUELDO, PERO NO AGUANTO DESPRECIOS DEL ESE TÍO DE TRAJE A CUADROS

¡EH! ¿QUE SEME VAN TODOS LOS ANIMALES DEL CIRCO! ¿QUE ME ARRUIÑAN!



NO TE APURES, PELUCHO, QUE YA BUSCAREMOS DONDE GARNARNOS LA VIDA.



¡VUELVE, VUELVE, Y TE PAGARÉ TODO LO QUE PIDAS... NO FALTABA MÁS!



¡AH, VAMOS! ESO YA ES PONERSE EN RAZÓN... ¡VOLVERE!



¡Y YO!



Sección Pirula

PIRULA, DECORADORA

Un florero.—
¿Habéis visitado
ya algún acuario?

es la sección de los peces; aparecen vivitos y coleando detrás de un cristal en el agua, haciendo ante los visitantes su vida ordinaria, ni más ni menos que si estuvieran en los abismos submarinos que exploró el gran Pinocho.

Existen acuarios magníficos en los parques zoológicos de París, de Berlín y de otras muchas capitales extranjeras: constituyen un espectáculo curiosísimo y no se cansaría uno nunca de ver evolucionar, cada cual a su modo, peces de todos los tamaños, de todas las formas y de todos los colores.

Pues bien, este florero que hoy os presento evoca un poco la idea de un acuario; también en él aparece un pez detrás de un cristal. Detrás, sí, pues no se trata de un pez simplemente pintado sobre un cristal negro como pudiera parecer a primera vista; este florero resulta casi tan original de ejecución como de efecto.

El pez se recorta en papel rojo o rosa fuerte, calcando el que aparece en el grabado; se perfilan los

contornos con un grueso trazo negro, para que se destaquen mejor, de otro color.

Luego, recortado el pez, se pega por dentro con goma líquida en un vaso ordinario de cristal. Y después



de seca la goma, se pinta todo el interior del vaso con barniz negro.

Como veis, para fabricar un florero bonito y original, basta con un poco de buen gusto y otro poco de imaginación.

PIRULA, REPOSTERA

Turrón Pirula.—¿Verdad que la palabra «turrón» suena a Navidades, a Nacimiento, a Arbol de Noe!, a vacaciones?

Y, sin embargo, nosotros, anticipándonos al tiempo, vamos, si os parece (que creo que sí, que os parecerá), a comer turrón en Septiembre; pero no un turrón cualquiera, de esos que se venden en las tiendas, sino un turrón nuestro, hecho por nosotras mismas con pasmosa facilidad y rapidez..., y que no por eso está menos rico, os lo aseguro.

Se pesa la misma cantidad de azúcar que de almendras (puede hacerse indistintamente con almendras o con nueces); luego, por cada taza de azúcar, se mide una taza de agua; se pone a hervir el agua con el azúcar, y cuando espesa, convirtiéndose en almíbar, se echan las almendras (o las nueces) molidas; se da unas vueltas, sin necesidad de esperar a que hierva, y se retira.

Cuando está frío —conviene que quede blando— se espolvorea con canela o con vainilla, a voluntad.